

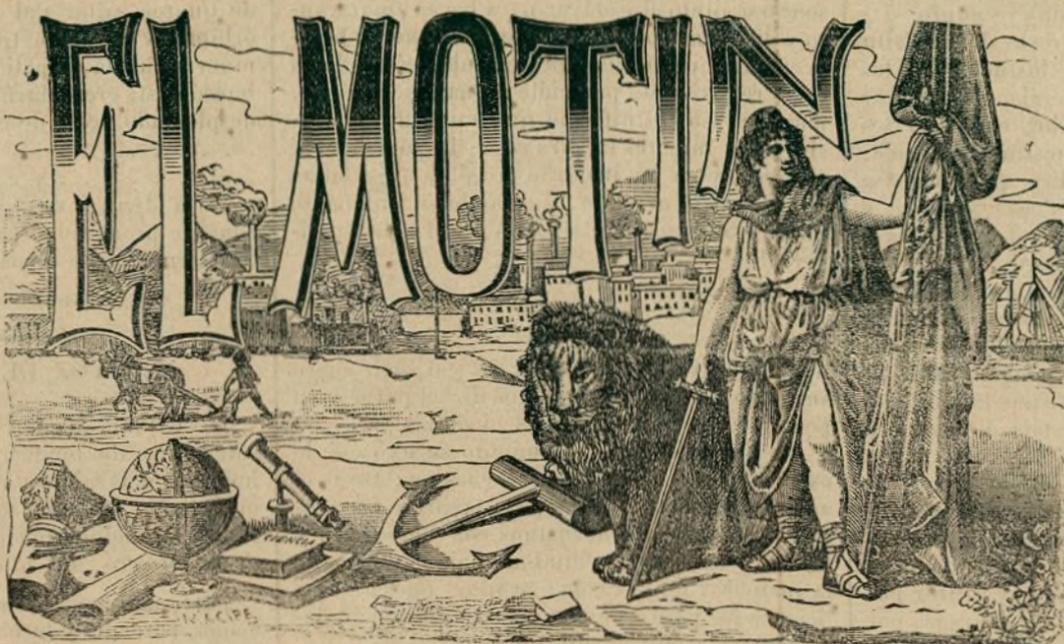
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	Pesetas
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS	
tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	3 pesas

CORRESPONSALES	
25 números de EL MOTÍN.	2,50
Idem del Suplemento....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN
15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los liberos y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

UNA SÚPLICA

Señor obispo de Salamanca:

Por el alto cargo que ejercéis, tanto como por vuestra virtud y sabiduría, estáis obligado á ser imparcial, equitativo, justo.

Si teniais (que lo ignoro) algún motivo para vengaros de mí, pudisteis hacerlo sin tanta crueldad, sin tan horrible ensañamiento.

¡Compararme con *La Epoca*! ¡Ah, señor obispo! El de cielos y tierra haga que, á la hora de la muerte, no acuda á vuestra memoria la ofensa que me habéis inferido, porque serían terribles vuestros remordimientos.

Vos, sin duda, no habéis leído nunca EL MOTÍN. A haberlo hecho, sabriais que jamás se ha permitido burlarse de las personas ni las cosas santas con el descaro, la falta de respeto y la malévola intención empleadas por *La Epoca* en su cuento impío *La venganza de doña Inés*.

Y, si habéis leído EL MOTÍN, me atrevo á asegurar que no os habéis fijado bien en ese artículo de *La Epoca*, cuando os atrevéis á hacer ciertas comparaciones; aunque en honor de la verdad, debo reconocer que habéis calificado al periódico canovista de *más impío* que EL MOTÍN.

Leed, señor obispo, leed el articulo que copio á continuación, y os persuadiréis de la injusticia que con este vuestro humilde servidor habéis cometido:

«Llegó para el seductor D. Juan el momento de comparecer ante el tribunal de ultratumba. Y aquel gran pecador de amor se presentó sin miedo, casi orgulloso, como solía presentarse en el mundo, en cualquiera ocasión y delante de todos. Siempre arrogante y libertino, comenzó diciendo:

—No discutamos, por favor. Mi causa está perdida de antemano, lo sé; y, además, no me importa gran cosa el condenarme.

—¿Y por qué, querido hijo?—le preguntó el Padre Eterno sonriendo con dulzura y acariciándose su hermosa barba blanca.

—¿Por qué?—replicó D. Juan.—Pues sencillamente, abuelo, porque siempre he satisfecho todos mis caprichos; y uno de ellos, el último que ya puedo tener, es condenarme.

Sin tomar á ofensa el haber sido llamado tan desdeñosamente abuelo, el Padre Eterno dejó asomar otra sonrisa entre su hermosa barba blanca, y, con voz aún más dulce y más intencionada, replicó:

—¡Jé, jé! Nietecito, no se condena uno así tan fácilmente como tú crees.

—¡Eso faltaba ahora!—repuso enfadado don Juan.

—No pongas esa cara de bobo—replicó el Padre Eterno,—que no te sienta bien. Un hombre como tú no debe admirarse de nada. ¿Qué dirías si hubieras ganado el paraíso sin saberlo?

—Diría—respondió D. Juan—que habías hecho alguna de tus maulas. Pero no tengas miedo, ya descubriré el engaño, que yo también entiendo de nigromancia.

—Entonces, consientes en que haya discusión.

—No hay otro remedio, pues que tratas de *pescarme*.

—Sí, de pescarte para el paraíso, es cierto—murmuró alegremente el Padre Eterno, á quien pareció agrandar mucho aquel chiste.

Este tono de amenidad contrarió visiblemente á D. Juan, que se proponía echárselas de jaque delante de juez tan terrible, y se encontraba reducido á un papel cómico. En son de burla replicó:

—Bueno, está bien. Ya me pica la curiosidad por saber cuándo, dónde y cómo he ganado, sin querer, el paraíso, al que había renunciado.

El Padre Eterno hizo una seña y fué introducido un santo, patrón de los abogados, seguido de mil y tres mujeres.

Al verlas D. Juan, se frotó las manos, y dijo: —Vamos, á lo menos, son ustedes aquí imparciales; veo que no se les ha olvidado citar á ningún testigo de cargo.

—Perdona, D. Juan,—replicó el santo,—has cometido un *lapsus*. Habrás querido decir testigos de descargo.

—¿De descargo!—exclamó D. Juan.—¡A otro perro con ese hueso!

—¡No sólo son de descargo, sino que si yo definiendo tu entrada en el paraíso es á petición de estas mil y tres señoras, que han sido amadas tuyas. Nos apoyamos en el texto: *Mucho le será perdonado porque amó mucho*... Así quiero y mantengo...

Iba á comenzar el celeste abogado un largo período oratorio; habia tomado, con este objeto, abundante provisión de aire; pero le cortó enérgicamente la palabra D. Juan, que dijo al Padre Eterno:

—Ruego á V. S., Sr. Presidente, que me libre del discurso de este charlatán. Antes de que lo pronuncie, voy á refutarlo con una palabra. El texto en que se apoya no se aplica en ningún modo á mi caso. Convengo en que he sido amado mucho; pero *distingo*: yo no he amado á ninguna de estas mujeres: no he hecho sino divertirme con ellas: Por consiguiente...

Mil y tres voces interrumpieronle furiosa y apasionadamente, gritando cada una:

—¡Sí, sí; tú me has amado á mí! Estoy segura.

En vano D. Juan se tapaba los oídos; seguía oyéndolas. Y aunque no las hubiera oído, hubiera entendido lo que gritaban, sólo con ver aquellas miradas tiernas, delirantes, extasiadas, donde ardía una fe ciega en él.

Al cabo, San Miguel lanzó un vigoroso—¡Silencio!

—Hay que convenir—dijo D. Juan—en que sois muy cándidos y muy niños para dar crédito á estas locas.

—¿Es posible—exclamó el Padre Eterno con voz conmovida—que no hayas amado realmente á ninguna?

—¡A ninguna!—respondió D. Juan con firme acento.—A todas, sin duda, he afirmado que las amaba, todas me creyeron, y, por lo visto, aún siguen creyéndolo. Pero esto no prueba sino lo bien que sabía mi oficio de seductor. Jamás he amado, sino un ideal de amor, un ensueño.

Nadie opuso nada á este sólido argumento. Don Juan triunfaba. Iba á ser condenado.

Pero de pronto, de entre las mil y tres mujeres salieron dos, una harapienta, la otra vestida con

traje de novicia; era ésta doña Inés. Y doña Inés en persona llevó de la mano, á presencia del Padre Eterno, á su compañera, una asquerosa mendiga.

—¡Mientes, D. Juan!—exclamó la hija del comendador.—Aquí tienes una mujer á la que has amado.

El gran seductor se estremeció de pies á cabeza.

—¡Siempre serás la misma, doña Inés!

—¡Siempre te adoraré!—respondió tristemente la amante inmortal de D. Juan;—yo no quiero que te condenes. Confiesa que has amado á esta pobre; que en ella no buscaste ni la satisfacción de un deseo fugaz, ni el goce de una vanidad perversa, ni siquiera ese vago sueño de que siempre estás hablando. Confiesa ahora, así como me lo confesaste en el mundo, que hiciste la limosna de uno de tus besos, del beso más desinteresado que salió de tus labios, á esta pordiosera. Confiesa que en aquella ocasión conociste el verdadero amor, que consiste en darse todo entero, sin esperanza de recibir nada en cambio.

Todos contemplaron con estupor á la mendiga, á aquella extraña amada, tan diferente de las otras, tan poco digna de figurar entre las mil y tres hermosas mujeres engañadas por D. Juan, y todos se preguntaron con profunda sorpresa:

—¿Es posible que la haya amado, que no haya amado más que á ella sola?

La afortunada mujer era una lamentable mendiga, de cuerpo roído por la miseria, con el rostro hinchado por la bebida.

Todas las miradas interrogaban á D. Juan, mientras que doña Inés le repetía:

—¿La reconoces? ¡Átrévete á afirmar que no has amado á ésta, con un amor desinteresado, noble y grande!

Don Juan se irguió con orgullo; avanzó hacia la mendiga y dijo:

—Sí, te reconozco. Sí, te he dado un beso, el más puro que he dado á mujer alguna. Lo confieso, no mentiré. Escuchad, esta es la historia.

Y sencillamente, contó cómo una tarde, bailando en una kermesse de Holanda, vió á aquella pobre comiéndose con los ojos á los galanes que giraban enamorando á sus lindas parejas. Un sentimiento de caridad infinito invadió su pecho. Salió, llamó á la mendiga, la subió en su coche, la enamoró, la convidó á comer en opípara mesa, y la regaló con la miel de sus besos. Al otro día la pobre era cadáver. Pero en su cara arrugada y decrepita habían quedado fijadas las últimas sonrisas de su amor satisfecho.

Doña Inés sonreía tristemente.

—Entonces—dijo,—te perdoné tu infidelidad. Pero ahora, me vengo. Mi venganza es hacerte entrar en el lugar en que yo habito, tenerte á mi lado para siempre.

En efecto, D. Juan fué condenado á quedarse á el paraíso.»

¿Qué os parece, señor? ¿Cabe burlarse más y mejor de todo lo que el buen católico crey venera; echar por tierra las ideas de justa eterna con más cinismo; presentar al Padre Eterno de modo más ridículo y bufo?

Pues si esto es así, y EL MOTÍN jamás permitió tales desahogos, ¿por qué, señor a-

po, por qué habéis barajado su nombre con el de *La Epoca*, rebajándolo hasta ese punto?

¡Ah! Si queda en vos un resto del espíritu de justicia que debe informar los actos de los príncipes de la Iglesia; si queréis no acibarar los días de este mísero pecador, corred al Senado; y allí donde resonó vuestra voz airada, comparándome con el periódico que puso en moda las palabras pornográficas *¡sarasa!* y *¡amolarse!*, allí reparad el mal que habéis causado, quizás involuntariamente.

Es un deber de conciencia que cumpliréis gustoso, á lo que creo, no sólo por darme la reparación debida, sino porque los contemporáneos y la posteridad no pongan tilde en vuestra fama, diciendo que fuisteis tan injusto y apasionado que os propasasteis á ofender á EL MOTIN, comparándole con *La Epoca*.

¿Me complaceréis, señor? Tal lo espero de vuestra rectitud; siendo posible en caso contrario que os demande de injuria ante los tribunales, para vindicarme así de la atroz ofensa que me habéis hecho; que no voy á tirar por la ventana una vida de impiedad honrada, por guardar respetos á quien no ha sabido guardármelos.

¡POBRE JUAN!

I

—Es necesario que Juan acuda á la defensa de la santa causa, que sus rollizos brazos manejen un fusil para amparar la razón y la justicia al despojado inicuamente... y si no ¡pobre de él!; cuando se presente allá, en la mansión del grande, á dar cuenta de sus hechos, el castigo será horrible.

—Pero, señor cura, Dios se apiadará de él; usted ya sabe que yo, anciana y enferma, no puedo trabajar, y mi pobre Juan es el sostén de la casa, mi único amparo. Si él se va, ¿cómo he de vivir?; y si muere, ¿quién ha de borrar de mi corazón el recuerdo del hijo amado?

—El mismo que os lo arrebató, os lo devolverá en la vida eterna, y, siempre á su lado, seréis feliz como él lo será también...

Ni súplicas, ni llantos, ni reconvenciones, ni amenazas bastaron para convencer al padre Jorge, que á toda costa exigía que Juan ingresase en las filas del irracional pretendiente.

Juan era un muchachote de diecisiete años; su padre murió cuando el chico tenía escasamente los doce, y desde esta fecha el trabajo de sus fornidos brazos era el único sostén de su anciana madre. Su único placer consistía, llegado el domingo, en vestirse de toda gala, ir á la plaza y bailar una jota con María, aquella hermosa rubia á quien amaba con pasión. Allí, entre frase y frase, jurábanse amor eterno, y á veces solía escaparse alguno que otro apasionado beso, auxiliado impunemente por la algazara y el bullicio. ¡Cuánto gozaba Juan en aquellos días!

El padre Jorge, furioso por no poder someter al rebelde que desconcertaba sus infames planes, juró vengarse, y Juan fué despedido del tajo; había desobedecido al padre cura; este era su delito.

No quedaba otro remedio: la lucha era horrible, había necesariamente que partir, presentarse con una carta del padre, alistarse y morir peleando; era necesario abandonar á aquella pobre vieja que le dió el ser, y á María, aquella hermosa rubia á quien tanto amaba; y una noche, aprovechando un momento en que su madre descansaba ó aparentaba hacerlo, fué á su lecho de puntillas, estampó en su rostro un desesperado ósculo, y receloso, como el criminal que teme ser descubierto, abrió la puerta y abandonó quizá para siempre aquellos queridos lares.

II

Juan se batía con encarnizamiento; había abandonado los dos únicos seres á quienes amaba, yin apego á la vida, luchaba, hería y mataba in que causaran mella en su ánimo los horres de la batalla.

Uvez su certera puntería clavó una bala

en el cráneo de un desdichado artillero, y fué á sentarse junto al cadáver para hacer un descanso y disfrutar con salvaje alegría el horrible espectáculo que su vista presenciaba. Estando en estas reflexiones, parecióle á Juan más digno, más honroso el uniforme que aquel llevaba, y, sin parar mientes en otra cosa, despojó de él al cadáver, y en un instante trocó la roja boina por el pesado morrión, y alzando su humeante fusil, exclamó frenético: ¡Viva el ejército liberal!

III

Fué tan valiente, que al fin vió lucir sobre su brazo derecho los galones de sargento y su pecho cubierto de honrosas medallas.

Un día el jefe del regimiento se expresó de esta manera: «Valerosos muchachos; llegó el ansiado momento de la paz, cesaron las sangrientas luchas de hermanos con hermanos, y los ambiciosos han sucumbido bajo la espada de la justicia y de la razón; pronto, pues, seréis licenciados para que con vuestra presencia devolváis la tranquilidad al hogar.»

Juan acogió esta noticia con alegría inmensa, pero al mismo tiempo un extraño presentimiento hacía enmudecer y no participar de la dicha de sus compañeros.

La deseada licencia le fué entregada, y Juan, ora alegre, ora triste, volvió al sitio que le vió nacer. A la entrada del pueblo encontró algunos labradores que cuidadosamente recogían el fruto que luego iba á arrebatar á sus pobres hijos el Erario.

—Buenos amigos—les dijo—¿Conocéis acaso á una pobre anciana á quien llaman Petra?

—Militar, diréis *conocíamos*, porque la infeliz, al saber que su chico había tomado las de villadiego para defender al babieca, murió de pena.

—¡Pobre madre mía!

—¡Ah! Pero ¿eres tú, Juanillo?

—Sí, en efecto; decidme: ¿qué es de María la hija del tío *Petardo*?

—¡María! buena pieza está. A poco de tú marcharte la requebró el padre Jorge para que fuese su ama, y los padres ¡claro! como iba á servir nada menos que al señor cura, la dejaron, y á los dos años tenía dos chicos como dos soles. ¡Si vieses cómo se parecían al padre!... En fin, al poco tiempo, el padre Jorge lió el petate, y María se fué á Madrid, según se cuenta.

Juan escuchó impertérrito el desdichado relato; estaba acostumbrado á sufrir, y aun cuando el golpe era terrible, ni una lágrima rodó por sus tostadas mejillas.

Dió las gracias al labriego, y, sin entrar siquiera en el cementerio á llorar sobre la tumba de aquella que le dió el ser, huyó de aquel sitio, igual, exactamente igual que aquel aciago día en que, besando su arrugada frente, marchó como el criminal que teme ser descubierto á afiliarse en las filas del pretendiente.

IV

Al cabo de algunos días de fatigoso camino, Juan llegó á la coronada villa, y, sin saber qué hacerse ni adónde dirigirse, empezó á vagar por las calles sin darse cuenta de lo que hacía. ¡Ay! ¡aquel corazón que en un principio fué de acero, iba poco á poco perdiendo su coraza, y el terrible filo del puñal de la venganza le carcomía sin descanso!

La casualidad hizo que fuese á parar á una estrecha y tortuosa callejuela, donde en sucias casas de mal aspecto se rendía culto á la crápula y el vicio.

De pronto sintióse cogido por una mano femenina. —Oye, moreno... pasa—le dijo una voz zumbona y cascada por el abuso de la bebida;—anda... sube... no me mires tanto... ¡pones unos ojos que me das miedo!... ¡ah! pero si yo te conozco... Es verdad... ¡Juanillo! y eres sargento, ca...nario; ¿vienes de la guerra ahora? ¿traerás dinero, mucho dinero?... anda, dame un cigarro y sube...

Pero el infeliz Juan no oía; aquellos rasga-

dos ojos se abrían grado á grado, hasta el punto de querer saltar del estrecho encierro de sus órbitas, y un sudor frío como el estertor de la muerte cubría su pálido rostro.—María—balbuceó—sí, eres María... y sin decir más cayó desplomado presa de un ataque apoplético.

¿Iría Juan á reunirse con su pobre madre, como le prometió el padre Jorge, allá en la vida eterna, en la mansión divina?

EDUARDO ROSÓN Y GONZÁLEZ.

LA VOZ DE LA VERDAD

D. Antonio María García Blanco, sacerdote, catedrático de lengua hebrea, y uno de los hombres más sabios y respetables que ha habido en España, acaba de morir, dejando escrito un folleto titulado *Oración de un muerto en el día de su entierro*, del que copiamos lo siguiente:

«Mi testamento ¡oh, amigos míos, oh, padres, hermanos, parientes y bienhechores! mi testamento y última voluntad se reduce á deciros que no os dejéis seducir, que viváis alerta contra una turba infame de vampiros que os rodea para desgarraros el alma, para arrebataros el fruto de vuestro sudor, para arrancaros vuestros hijos, para intimidaros con lo oscuro de un porvenir incierto y no dejaros gozar de la felicidad presente: para ello os harán concebir horror pueril, infundado, impío á esta muerte, os conminarán con castigos temporales y eternos de ultratumba, os aterrarán con endriagos y fantasmas, os pondrán delante la feblidad de vuestros cuerpos, la inmortalidad de vuestras almas, la severidad de la justicia eterna, la indefectibilidad de sus promesas y amenazas; la religión os exorcizará y anatematizará á quien descubra su farsa; la Sociedad os compelerá con el hierro y sus mentidos derechos; la Filosofía os envolverá en una densísima nube de dudas, de cuestiones inútiles y sinietras paradojas. Alerta, pues, los que queráis escucharme y aprovecharos de mi testamento; alerta contra la Filosofía, contra la Sociedad y la Religión que infelicitan al hombre, lejos de ayudarle, consolarle ó instruirle; alerta contra esa infernal, infanda liga, real y sacerdotal, potestativa y judicial: ¿á qué más infierno que ella? ¿Qué purgatorio más eficaz que el que sacerdotes y reyes, príncipes y magnates, ricos y nobles, magistrados y jueces, propietarios y empleados han ejercido y ejercen sobre todo viviente? Cualquier defecto, cualquiera mancha que hayamos contraído, ¿no han sido ellos suficientes para purificarnos de todo?»

Mande lo que quiera el moribundo, empezando por la fórmula *del cuerpo á la tierra y el alma á Dios que la crió*, siempre que pague los derechos y gabelas testamentarias al gobierno civil; siempre que deje misas y aniversarios al eclesiástico, con alguna manda forzosa para Jerusalem y sus Santos lugares, ó voluntaria para algún santo ó santuario, entendiéndose por santo las devanaderas ó el muñeco de barro ó palo con cara y manos que durante su vida adoró idolátricamente; deje el moribundo dispuesto el entierro que quiere, esto es, el dinero que se ha de dar á la Iglesia, pero cuidado que no sea poco, porque con celo santo reclamarán sus ministros la cuarta funeraria, los derechos de estola, etc. Con tales condiciones se le permite testar al que tiene, ó una declaración de pobre al que lo es; pero ni el pobre ni el rico testifican de lo que conduce á la humanidad, de nada de lo que han visto, de lo que han hecho ó dejado de hacer, del estado en que dejan la sociedad, la humanidad, la religión, el mundo. Las últimas voluntades se reducen á simplezas, á cosas que la naturaleza misma dicta, que todos conocen y respetan, á recomendar la prosecución del drama inicuo de tiranos y esclavos, de pobres y ricos, de mayorazgos y segundos, de mejoras y mandas, de orgullo vano, de pompa religiosa, de superstición, mentira, hipocresía y servilismo.»

Mediten nuestros lectores en todo eso; fíjense en el carácter, la virtud y la sabiduría del que lo escribió, y hagan las deducciones que su buen sentido les sugiera.

El hombre honrado y justo que al pie de la tumba lanza tales acentos, merece más crédito que todos cuantos predicán durante su vida aquello en que no creen, para pasarla de la mejor manera posible.

EFECTOS DE LA BENDICIÓN PAPAL

Las casas reales de Europa, como las de América, las personas y objetos benditos por el Papa, han tenido una suerte fatal: veámoslo.

El Papa mandó su bendición á Maximiliano antes de ir á México, y este príncipe fué fusilado en Querétaro.

Bendijo á Carlota cuando volvió á Roma, y antes de salir del Vaticano se volvió loca.

Bendijo á Isabel II, y poco tiempo después fué destronada.

Bendijo á Francisco José, emperador de Austria, y pocos días después sufrió la terrible derrota de Sadowa.

Bendijo á Napoleón III, y á las pocas semanas fué hecho prisionero por el rey de Prusia en Sedán, y destronado.

Bendijo el vapor inglés *Santa María*, porque á bordo iban once hermanas de la Caridad, y se perdió en la isla del mismo nombre, frente á Montevideo, en 1870, en su primer viaje.

Bendijo el vapor *América*, uno de los palacios flotantes que hacía la travesía entre Montevideo y Buenos Aires, y se quemó el 24 de Diciembre de 1871, teniendo á bordo más de 400 pasajeros, de los que pereció la mayor parte.

Bendijo la obra de los jesuitas en Buenos Aires, y poco tiempo después se quemó el convento en 1875.

Bendijo á la princesa del Brasil antes de su primer parto, y el príncipe del gran Para nació imposibilitado de un brazo.

Bendijo al ejército francés en 1870, y fué derrotado.

Bendijo á la emperatriz del Brasil, y poco después se quemó una pierna.

Bendijo al príncipe Napoleón IV antes de salir para Zulandia, y de Zulandia volvió sólo su cadáver.

Bendijo al príncipe Rodolfo de Austria, y se suicidó á poco.

Bendijo á la emperatriz de Austria, y pocos días después se puso demente.

Bendijo al emperador, y no hay en Europa soberano más infeliz.

Bendijo á D. Alfonso XII, y poco después murió en edad temprana.

Bendijo á la reina Mercedes, y á poco murió.

Bendijo á los obispos de Para y Pernambuco, y un mes después fueron sentenciados en Río Janeiro á cuatro años de trabajos forzados.

Bendijo al arzobispo del Perú, y cuarenta y tres días después murió envenenado con el cáliz que tomó en Viernes Santo, sin darle tiempo ni á apartarse del altar.

Bendijo el colegio de las hermanas de la Caridad en Nueva York, y se quemó á los veinte días.

Y ahora entra lo más bonito:

Excomulgó á Víctor Manuel, y poco tiempo después ocupaba á Roma y la declaraba capital de Italia. Hoy reina allí Humberto I, hijo del excomulgado.

En tiempos antiguos excomulgó á Inglaterra y sus colonias, y en la actualidad son las dos naciones más ricas y poderosas del mundo los Estados Unidos é Inglaterra.

Bendijo á la República de Colombia, y es la más desdichada de cuantas existen.

Bendijo muchas veces á Irlanda, y es probable que jamás esté tranquila mientras haya en aquel país dos hombres ó un solo sacerdote romanos.

Excomulgó á Garibaldi á causa de haber ilustrado su historia con la toma de la Roma papal, y antes de morir, aquel caudillo tuvo el gusto de ver entronizada la soberanía de Italia en la ciudad eterna; cantando como el profeta á Dios: «Mátame pues que he llegado á ver el colmo de mis deseos y la grandeza de mi país.» Italia le dedicó un monumento en Roma, donde antes había sido excomulgado.

Excomulgó las leyes de Reforma en México, y están rigiendo, y en aquella gran República no se da crédito á Roma.

Ultimamente bendijo á D. Luis, rey de Por-

tugal, y ahora no saben los obispos y nuncios si está en el cielo ó en el infierno.

Por lo tanto, renuncio generosamente á que el Papa me bendiga.

MANOJO DE FLORES MISTIGAS

Verán ustedes qué cánónigos se usan por Manila.

Uno de ellos, pariente de un ex ministro de Ultramar, liberal por más señas, quiso cruzar con su vehículo por delante del tranvía cuando éste bajaba por la rampa de España.

El conductor del tranvía no pudo ó no quiso detenerle, y allí se vió lo que es un cánónigo de Ultramar pariente de un ex ministro de ídem.

Se bajó del coche, y con un látigo empezó á golpear al conductor, hasta que se cansó por entonces. Y digo por entonces, porque, como el referido conductor aguantó pacientemente la lluvia de palos, orgulloso el *páter* de su fácil victoria, volvió á montar en su coche, quiso otra vez pasar por delante del tranvía, y, como no lo lograra, se apeó de nuevo y propinó al infeliz y resignado conductor una segunda paliza.

Esta vez ya se resistió el agredido, é intentó devolver golpe por golpe; promovióse el consiguiente escándalo, y fué preso...

—¿El cura?

—¿Quién! Eso hubiera querido el tunante del conductor, que no tuvo la virtud de aguantar la segunda tunda de tan benditas manos. El cochero fué el que dió con sus huesos en la cárcel, para que sirva de escarmiento á los pícaros que no saben apreciar el honor de que un ministro del Dios de paz, y pariente de un ex ministro de la nación, les ponga la cara como un cónclave de cardenales.

Y aún se puede dar por bien librado con tal de que no le ahorquen, á trueque de que, cuando salga de la cárcel, vaya humildemente á besar la mano que á poco más le deja sin boca para besar.

La iglesia de Yunquera, que es una iglesia igual á otra cualquiera, necesita un retablo; y ved por dónde aconsejóle el diablo no sé á quién, con los frutos de una rifa cubrir de los trabajos la tarifa.

Según la papeleta, que á mi poder llegó por carambola, se rifa una *escopeta*, un *revólver* Bulldog y una *pistola*; completo el arsenal de un cabecilla, convencido sin duda de que es grilla la vuelta del monarca que tanto da que hacer á la grey carca. ¿No habrá un desengañado que complete el trofeo con un par de cañones y unas cuantas navajas de Albacete, recuerdos de pasadas ilusiones? Una idea; ¿por qué con el producto que esa timba les diera no convierten en místico reducto la sacrosanta iglesia de Yunquera?

En Palencia hay dos hermanos curas, apellidados Lamadrid, que son el mercantilismo andando.

Comercian en libros, estampas y baratijas místicas, confeccionan un periódico ó cosa parecida, y tienen un taller de encuadernación con el cual quitan el trabajo y el sustento á tres ó cuatro familias que de tales ocupaciones vivían.

Y no es que en el taller de los aprovechados *fréres* se encuadernen mejor que en los otros, sino que se meten por familias y corporaciones y hasta por el ojo de una aguja, para buscar obra, reventando buenamente á los compañeros de oficio, que, como no tienen además el de misear, no pueden competir con ellos en precios.

Lo he dicho varias veces: cuando por rara excepción trabaja un cura, lo hace con perjuicio del prójimo, aun cuando para menor gloria de Dios y provecho suyo.

A media legua de Sabadell existe una ermita, llamada de la Salud, que recuerda el portentoso prodigio de que en la epidemia cólera de 1854 no muriese ningún vecino de aquellos contornos, entre otras poderosas razones, porque no había ni uno para un remedio.

Hoy sí los hay, y numerosos, que viven y beben explotando por uno ú otro concepto á los piadosos peregrinos que van al santuario en demanda de salud, para volver peor que fueron, corporal y metafóricamente hablando.

Allí se celebra cada rosario de la aurora que arde en una lámpara, y cada *juerga* mística que á Dios le enciende el pelo.

Lo peor es que de allí saldrá una partida el mejor día, dada la multitud de carcas que concurre el entusiasmo que demuestran los presbíteros que actúan; y resultará que la ermita de la Salud va á dar origen á que á alguno ó algunos haya que romperles un lomo, con la mayor devoción.

Bufando estaba el cura de Paret del Vallés por que no había podido meter á una joven forastera en el redil de hijas de María, á pesar de que llevaba tres meses en el pueblo.

Murió la joven, y sus amigas pertenecientes al sacro batallón quisieron llevar al entierro la corona de la cofradía costeada con su dinero, pero que guarda cuidadosamente el *páter*.

Al pedírsela fué ella. Lejos de entregársela, las breó á insultos tan graves que, irritadas, le exigieron la devolución de los cuartos empleados en comprarla.

Y continúa el conflicto, negándose el *berrendum* á soltar la mosca, y ellas insistiendo en su petición.

Como al cura le llaman *Busquiña*, ya verán ustedes cómo busca el medio de contentar á las hijas de María por donde menos se piense, y quedarse con la corona y los cuartos.

Su mote le obliga á mucho.

El párroco de Fontarcada (Portugal) influyó con el alcalde á fin de que se procesase al Sr. Albino Bastos, redactor de *A Folha Democrática*, por haber publicado una serie de artículos con el epígrafe de *O Jesuitismo* relatando las atrocidades que llevan á cabo diariamente los afiliados á él.

El alcalde, hombre temeroso de Dios, cristiano viejo, católico á macha martillo, y por añadidura reumático, accedió á la pretensión del cura, haciendo público el comportamiento moral, civil y religioso del susodicho redactor.

¡Bien hecho! ¿Quién mandó al Sr. Bastos meterse en dibujos? Para moralizar á cierta gente de escapulario y canana, debe empezarse por reventar la con *argumentos contundentes*.

¡Nada de retóricas!

Por la Rioja hay varias congregaciones de señoras que se dedican á postular para los presos, acción laudable que aplaudo sinceramente.

Pero... ocurre que como hay enchiquerados varios curas por haberse ido de labia en el púlpito contra el liberalismo, á ellos dedican la mayoría de los donativos, y eso ya ni es laudable ni justo siquiera.

Solicitar el óbolo de los liberales y emplear el dinero en los curas para que, una vez cumplida condena, vuelvan al púlpito á insultar á sus favorecedores, es muy duro de tragar.

Para humildes, modositas y temerosas de Dios las hermanitas de la Caridad del hospital de Ferrerabá.

¡Y pensar que un impío, un hereje, se atrevió pedir á Sor Tecla... ¡horror! un ósculo pecanoso!

Pero á bien que Luzbel quedó soberanamente burlado en su representante, pues la hermanita sacó una navaja, y...

—Mire, tome usted esta navajita—dijo al diabólico pretendiente—la besa y es igual.

¡Con este y otros ejemplos tan edificantes como éste, me convenzo cada vez más de que ganaré la gloria eterna, por mi campaña moralizadora!

En San Martín de Provensals se ha fundado una asociación mística y femenina, en la que se ofrece á las socias, á cambio de una cuota mensual, puntualmente pagada, por supuesto, que irán á su entierro trece curas, garantizándoles de antemano en su agonía una butaquita en el cielo.

Con esa artimaña han logrado pescar la mar de afiliadas que aflojan los cuartos con asombrosa exactitud y se refocilan de gusto pensando la masa coral de curas que se les va á ir encima cuando espichen.

Si es que no se les va antes, como se dan casos.

Ni el zumbido de una mosca se oía en la iglesia de Osor (Gerona), y los fieles esperaban silenciosos á que su padre espiritual les dirigiese la divina palabra.

Subió este al púlpito, y tras un restregón en las narices, como invocando al Espíritu Santo, se arrancó por estas palabras evangélicas, sublimes, dignas de grabarse en letras de oro:

«*Todos los que tengáis uvas para vender, traedme-las, que yo os las compraré.*»

Y se bajó *in continenti*, con tanta ó mayor seriedad que los apóstoles confesaban la fe en presencia de los tiranos.

Si actos tan solemnes no conmueven á los impíos,

de decir que tienen el corazón de bronce ó que no tienen garnacha ni albillo que vender... práctico sacerdote y activo comerciante en uvas.

Un vecino de Miñagón (Oviedo), republicano de oratorio y amigo del cura de Serandinas, no sé si por hacer obra en su casa ó por otro motivo, de la noche á la mañana dió con los santos en una cuadro, sucia, sí, pero espaciosa y ventiladita.

Súpelo su amigo el *cuervo*, y parece ser que lo denunció al obispo y éste á la correspondiente congregación de Roma; mas sea de esto lo que quiera, el asunto es que ha sido privado del uso del oratorio y excomulgados solemnemente él y todos los individuos de su familia.

Me alegro, porque eso de las excomuniones que á los impíos nos engordan, á esos repúblico-beatos les llegan al alma... de cántaro.

Ventilaban unas cuentas en la sacristía de Espinosa de Cerrato el padre de almas y los cofrades de ierta hermandad.

Pretendían estos que seis pesetillas que se habían recogido en una función, se destinasen á la reparación de una ermita, pero el *oremus* pescó por su cuenta las seis *misas* y fué preciso para rescatarlas que algunos *hermanos* levantasen los puños al nivel de la encolerizada jeta del presbítero.

Conste que cedió á fuerza mayor, pues voluntariamente no hubiera soltado los veinticuatro reales hasta la consumación de los siglos.

Un presbítero que logra echar el guante á seis pesetas no las suelta á tres tirones.

La Caridad, academia *místico-sablista*, establecida en Ciudad-Real, se permite el lujo de *timar* á los incautos en esta forma:

Rifa una colección de objetos, valorados en 500 pesetas, y reparte 40.000 papeletas, á 25 céntimos cada una; total 9.500 pesetejas libres de polvo y paja para las hermanitas de los pobres.

No me quejo de los *timadores*, ni de las autoridades que consienten este comercio inmoral; me lamento de que haya quien compre ni una sola de esas papeletas.

Manden todos enhoramala á esa cuadrilla de vidueros y verán cómo cesa de dar *timos* cuando se encuentre con todas las papeletas en casa.

amea.

ge, que exponerse al público las listas del reparto de en lasia (Gerona), vieron los vecinos con asombro

Juan el párroco figura en undécima clase y las hermanas de la Enseñanza en ninguna, á pretexto de que viven de limosna, siendo así que cobran seis reales por alumna, y veinte á las de la clase de *comodiana* que tienen criadas y viven con más comodidades que la mayoría de los incluídos en las listas.

el domo, ha de valerles que el alcalde sea un neozay y bomo, y casi todos los clasificadores cartan la médula de los huesos.

tre fra.

vec Porque unos jóvenes de Vilanova de Meyá han ido á ver un baile flamenco, subió el cura al púlpito, y disparó un sermón tan... naturalista, por decir tan indecente, que hubiera ruborizado á un rey de tambores. Al día siguiente apareció la puerta de la rectoría con una enramada enorme.

A punto fijo no se sabe á qué aludía aquel simpote, porque lo mismo pudo ser á lo verde de la que al alimento habitual del *páter*, que debe gran consumo de verde, á juzgar por lo rocinaria.

ble, l

tarse i... pelean... bre vie... herme... che, a... dre ce... cho de... perció... tem se... nó piz... e un monaguillo se retrasó en ir á ayudar al párroco de Alcántara (Portugal) pescó en la sacristía y le dió una paliza feroz, ensañándose que si no acude la madre, que estaba o, y otro devoto á quitárselo de las manos, para utilizarlo para apurar vinajeras. El espejo de Jesucristo en cuanto á mandar amor á la infancia; sólo que apenas un niño se le pone á tiro, lo revienta de una coz modo más ó menos pecaminoso.

Para mosen,

uno de Fullea, apodado Pablo de los machos.

Juan Hace pocos días estaba *currelándose* una *misa*; abanintió no sé qué rumores entre los oyentes, se quitó el *ba*, y á puñetazo limpio hizo entrar en orbita á aquella caterva espiritual.

horri No debió cogerles de sorpresa el exabrupto, porque días antes se había dirigido á sus ovejas, llamándolos brutos, indecentes, bárbaros, granujas, estías, animales, etc.

V acaso tenga razón el *mosen*; porque quien tole-

ra tales insultos, y vuelve á que se los repitan, bien merecidos los tiene.

Algo he adelantado con las filípicas que dirigí á los curas de Daimiel por las timbas místicas que organizaban; pues ya no las hacen por sí, sino que buscan testafierros.

Ultimamente tomaron por tal á un maestro de obra prima, llamado Juan, para que rifase un borrego, que no valdría más de treinta reales, pero que produjo unos treinta duros para el culto del Cristo, según dicen.

Conque no son legos esos capellanes, que aún encuentran Juanes que rifen borregos.

¿Que tiene cuatro amas nada menos el cura de Serandinas? Imposible, porque, si así fuera, ya le hubieran birlado lo menos tres sus limitrofes compañeros de oficio.

Ya se contentaría él con tener una y buena que le acompañase al volver de los entierros y le trajese á casa del brazo cuando se pone malo á causa de la emoción que esas tristes escenas le producen y el agua que bebe al regreso de ellas.

Porque beber, me consta que bebe mucho; pero nunca agua transparente y cristalina, como dicen los poetas.

¿Recuerdan ustedes la función que dispuso el *estropaleatines* de El Romeral cuando el obispo de la diócesis llegó al pueblo para repartir unos cuantos papirotazos místicos?

Pues ahora resulta que los músicos que salieron á recibir á su Ilma. tocando la Marcha real, no han cobrado ni un perro chico por su faena.

Ni el obispo, ni el cura, ni el mayordomo de fábrica, se dan por aludidos.

—Dime, niño, ¿cuál es el séptimo mandamiento de la ley de Dios?

Leo y me horripilo:

«Un violento incendio ha causado pérdidas de consideración en el convento de monjas de la Enseñanza, de Tarragona.»

Digo ¿eh? Si no fuera porque la redacción de El Motín ha sido declarada incombustible, sería cosa de recogerse en un convento para gozar de las bienaventuranzas prometidas á los que se dedican á vivir á costa del sudor de la frente del prójimo.

Pero se dan incendios... y otras menudencias, y ¡guarda, Pablo!

Entró un feligrés en la iglesia de Llagostera, y, pareciéndole irreverente fumar en la iglesia, se fué á la sacristía á echar un cigarrillo.

Llegó el cura, vió su trastienda llena de humo, y se desató en insultos contra el feligrés, llegando hasta á amenazarle.

Justo castigo al atrevimiento del fumador. ¿A qué ir con humos donde hay curas que los gastan de los más endemoniados que puede imaginarse?

En la iglesia de Vilamitjana se hizo una limpieza clandestina, de la que no escapó chisme sacro y dinerable.

Reunióse el somaten, acudió la Guardia civil; registraron todas las casas del pueblo, excepto la del cura y sus adictos, y, naturalmente, no encontraron nada.

¿A quién se le ocurre buscar higos chumbos en la copa de un pino, ni alhajas místicas en casa de los que no van nunca á la iglesia?

El *oremus* y el monterilla de Gélida (Barcelona) viven en la mejor armonía.

Cuando los jóvenes piden permiso para alguna función de tarde, el alcalde no se lo concede sino á condición de que no han de empezarla hasta que el *páter* termine las suyas.

Nada, que resultan uña y carne para reventar al pueblo, el uno con sus procesiones y rosarios de la aurora, y el otro con sus alcaldadas.

Está el vecindario al pelo con ese par.

En la villa de la Concepción (Malaga) unos cuantos jóvenes, devotos ellos, alegres ellos, y muy católicos ellos, festejaban el santo de un compañero.

Según costumbre (¡bendita sea!) se dispararon varios tiros, y uno de aquellos... jóvenes, hirió á otro, causándole la muerte en el acto.

Nada, mientras no se les ponga acial en el belfo y buenas trabas en las pezuñas, no deben permitirse ciertos regocijos á los creyentes.

Cantata tres mil...

Hace pocos días fué robada la iglesia parroquial de Camprodón, llevándose los ladrones cálices, copones, alhajas, y dinero; y no se llevaron la mística compañera del presbítero, por no encontrarla á mano.

Habrás pensado al ver esto, el desdichado sotana: —;Se llevan lo que produce y me dejan lo que gasta!

CORRESPONDENCIA

Castro Urdiales.—No publicamos más noticias que las que nos remiten los suscriptores ó personas conocidas, y mucho menos las que como las suyas entrañan cierta gravedad.

Puede, por lo tanto, disponer de la peseta que remitió en sellos.

SERVICIO TELEGRÁFICO

Daimiel.—Llegada yunta frailuna procedente Almagro, dicen propóñese soltar sermón contra monumento Giordano Bruno y embestir por tabla contra liberalismo. Afortunadamente personas hay dispuestas apearlos trincheras á peñascos. ¿Qué opina propósito?

—Que no se deben llevar las cosas hasta ese extremo, habiendo otro medio más sencillo: el de no asistir á la iglesia.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Catecismo Republicano, por Celso Mir y Deas. Esta obra, primer volumen de la Biblioteca del Pueblo Sobrano, contiene, además de las indispensables nociones que sobre política deben tener las clases populares, el programa del partido republicano democrático-progresista; una colección de máximas republicanas morales, sociales y revolucionarias; la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano por la Asamblea francesa de 1879; varios artículos del autor y un retrato de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Consta de 64 páginas en 8.º, y se vende en casa del autor, calle de Fortuny, número 8, primero, Barcelona, y en las principales librerías.

ADVERTENCIA

En toda esta semana pondremos á la venta la célebre obra de Pigault-Lebrun EL COMPADRE MATEO, al precio de DOS pesetas.

Los suscriptores directos á EL MOTÍN la recibirán con el cuarenta por ciento de rebaja.

OBRAS NUEVAS

ALMANAQUE DE EL MOTÍN para 1890

Precio: UNA peseta.

GARROTAZO LIMPIO

POR JOSÉ NAKENS

PRECIO: DOS PESETAS

LAS RUINAS DE PALMIRA

Meditación sobre las revoluciones de los imperios.

seguida de La Ley Natural.

POR C. F. VOLNEY

Precio: una peseta.

CARTAS

CARLOS MAURICIO DE TALLEYRAND AL OBISPO DE CLERMONT

Y AL ABATE MAURY

PRECIO: CINCUENTA CÉNTIMOS

Los suscriptores directos á EL MOTÍN, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir estas obras, y las demás de nuestra Biblioteca, con el cuarenta por ciento de rebaja, francas de porte. Pago adelantado.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.